

Feminismo, maternidad y progreso

♦ Por Jaime Nubiola
PARA LA GACETA – BARCELONA

El pasado jueves 23 de mayo estuve en la interesante conferencia de Mary Harrington en el Ateneu Barcelonès que llevaba por título “¿El progreso es una creencia o un hecho?”. Me encantó asistir. Fue una breve intervención de treinta minutos, seguida de otra media hora de animado coloquio, que ponía de manifiesto la curiosa mezcla de progreso tecnológico y del supuesto progreso moral que ha presidido el desarrollo de nuestra sociedad en las últimas décadas. Como es sabido, la idea de progreso atraviesa los dos últimos siglos de la cultura occidental, pero a estas alturas del siglo XXI casi todos nos cuestionamos qué es realmente el progreso y qué novedades son sanas y cuáles son directamente nocivas.

Acudí a la conferencia porque el lunes precedente había podido leer la excelente entrevista que le había hecho Lluís Amiguet en La Vanguardia (20 mayo 2024). En aquella entrevista se destacaba entre otras cosas cómo la maternidad había transformado el feminismo de Mary Harrington: “Al ser madre me quedaron claras algunas razones de por qué las cosas son como son. En cambio, el feminismo radical no asume la maternidad. No hay un feminismo promaternal”. En su conferencia -que se ha publicado ahora en Substack [https://reaccionaryfeministasubstack.com/p/the-end-of-never-ending-progress]- nos decía Harrington que ella no cree en el progreso, porque la mentalidad progresista pone en el centro de



OTRA VISIÓN. Mary Harrington habla sobre lo que le costó la maternidad desde un punto de vista feminista y todo lo que ello conlleva.

su atención la tecnología, y eso lo hace a costa del descarrío moral, de hacernos menos humanos, sobre todo a las mujeres.

Lo fascinante es que la escritora británica llegó a esta conclusión a raíz de su maternidad: “Mi forma de entrar en todo esto, en mi propio trabajo, fue reflexionando sobre el problema

del progreso desde un punto de vista feminista y también maternal. Pasé mi juventud como progresista: abracé lo que podríamos llamar “feminismo de revista”, que promueve una versión simplificada de la concepción liberal de lo que es una persona, desarrollada a partir de Rousseau. En esta visión se supone que estamos separados

por defecto y optamos por la relación a través de una especie de “contrato social”.

Y añadía a renglón seguido: “Llegué tarde a la maternidad, a los 38 años. Fue duro, pero también transformador. Llegué a sentirme rehecha en la experiencia de la relación con mi hijo y a través de la vida familiar, pero, lo que es más importante,

de un modo radicalmente opuesto a la ideología del progreso. Descubrí que cuando amas a un bebé dependiente de forma tan visceral que morirías por él, la “libertad” en este sentido no significa nada. Mientras tanto, el hecho de casi morir en el parto me curó de cualquier creencia persistente de que el sexo pudiera estar construido

socialmente. Pero como madre primeriza y feminista, luché por entender lo marginal que es la maternidad para el feminismo moderno. No podía conectar el concepto rousseauniano de persona liberal con mi experiencia de no pertenecerme a mí misma. Porque en la medida en que mi bebé me necesitaba, yo ya no era libre, pero resultó que no me importaba”.

Realmente es una descripción hermosa acerca de cómo una experiencia vital tan intensa como la maternidad es capaz de reorganizar toda la concepción de la vida.

Harrington ha escrito recientemente el libro *Feminism Against Progress* (Regnery, 2024) que acabo de encargar, pues seguro que puedo aprender mucho sobre esa confrontación entre la noción moderna de progreso y un feminismo enraizado vitalmente en la maternidad.

Me impresionan estas reflexiones sobre la maternidad y me impresiona también la declaración de Harrington en la entrevista citada: “La revolución sexual que empezó en los sesenta no fue un avance moral porque la hemos perdido las mujeres, ya que solo fue una etapa más de la industrialización en la que la tecnología pasó de industrializar el mundo a industrializar nuestros cuerpos”. Da mucho que pensar.

© LA GACETA

Jaime Nubiola - Profesor emérito de Filosofía en la Universidad de Navarra (jnubiola@unav.es).

Cómo escribir malos artículos

Antes, en un mundo que parece lejano y perdido, los periodistas manejaban un par de buenas reglas para escribir artículos sensatos e interesantes: una de ellas era la llamada “pirámide invertida” que consistía en presentar los hechos importantes al principio, de manera concisa y directa, para ir desgranando luego el resto de la información, con los detalles menos sustanciales. Una fórmula sencilla para escribir malos artículos es hacer todo lo contrario, como ocurre con frecuencia en la actualidad.

Si un lector de prensa quería enterarse de lo fundamental de la noticia, tenía la posibilidad de consultar solo el título, la entradilla y el primer párrafo del artículo o la nota, y con eso era suficiente; para

ahondar en los detalles estaba todo lo demás. Se trataba de un pacto respetuoso y profesional, muy práctico, entre el periodista y sus lectores. Ahora, este tipo de artículos ralea, y se va imponiendo lo contrario: la péfida manía de regatear la información anunciada, de postergarla de forma abusiva, como si la finalidad del periodista no fuera brindar la información sino escamotearla.

Maestros de la intriga

Algunos de estos periodistas se han convertido en maestros de la intriga, como si abrevaran en la literatura policial, copiando sus trucos y artimañas. La prioridad ya no es informar, sino generar curiosidad, engatusar al lector para que entre al artículo y permanezca en-

♦ Por Juan Ángel Cabaleiro
PARA LA GACETA – TUCUMÁN

trampado en él, porque con eso, entiendo, se hace caja. De ahí los títulos mañosos en los que se promete algo que tal vez se cumplirá después, más adelante, no sabemos cuándo y en qué medida: “El verdadero motivo por el que Fulana abandonó a Mengano” o “El ingrediente secreto para que la pizza no engorde” o “¿Van a subir las tasas de interés?”. Todavía no lo dicen, pero lo saben y prometen contarlo. Paciencia.

Esta forma ya un poco irritante de titular suele ir acompañada de subtítulos que generan los primeros sarpullidos, como podrían ser, respectivamente: “La mediática pareja se habría distanciado tras

un insólito episodio doméstico”, “La delgadez podría estar al alcance de todos los pizzeros, en el almácén de la esquina”, o “Un dato clave para multiplicar fácilmente nuestros ahorros surge tras la decisión de BCRA”. A lo que seguirán largos párrafos con las biografías de Fulana y de Mengano, la historia y evolución de la pizza en el mundo y el reglamento interno del Banco Central. Después, ya veremos.

Se crea así un misterio dilatado y postizo cuya solución caerá, con suerte, al final de los respectivos artículos, por lo que el lector más o menos avisado se saltará toda la chachara y el relleno del inicio pa-

ra ir directamente allí a buscar la respuesta, a desilusionarse, por lo general, con ella. (Digamos, también, que el lector verdaderamente avisado ignorará de plano tales artículos, a tales medios de comunicación, e incluso a las sociedades en las que estos prosperan).

Nos enfrentamos, en muchos casos, a ocultadores profesionales de la información, a trileros de feria que tienen tal vez un dato, pero que no te lo van a mostrar hasta que no jueguen un buen rato contigo, paciente y manipulado lector. Te obligarán al suplicio infumable de la postergación *ad infinitum* antes de lanzarte el misero caramelo informativo que tenían preparado.

¿Derechos del lector?

Porque un mal artículo parece

fundamentarse en dos premisas básicas: irritar al lector y hacerle perder el tiempo, cosa que, si es inteligente y conserva un resto de amor propio, abandone el medio en cuestión para siempre y desconfie de la prensa en general. O entienda que es hora de exigir aquello de lo que alguna vez se habló y hoy parece olvidado: los derechos del lector. Derecho, al menos, a no ser tratado como idiota, a no ser manipulado y, en un mundo en el que todo se cuantifica y se matematiza en exceso, no ser considerado una simple mercancía, un algoritmo o un dato más para las estadísticas.

© LA GACETA

Juan Ángel Cabaleiro - Escritor.

IN MEMORIAM

Graciela Maturo

♦ Por Gisela Colombo
PARA LA GACETA – BUENOS AIRES

La primera vez que la vi, entré en una de esas aulas mínimas que tenía “Bartolomé Mitre”, donde funcionó durante años la Facultad de Filosofía y Letras de la UCA. Era mi cuarto año de la carrera de Letras. Un día frío, irrumpió con su boina y un tapado, meticolosamente combinados, con un estilo diferente al del resto de las docentes.

Ella no buscaba impresionar a nadie. Saltaba a la vista. Sólo expresaba lo que era; que no estaba dispuesta a ninguna impostura.

Con el tiempo entendí que Graciela Maturo era, lo que los estudiantes de la UBA habían bautizado con involuntaria verdad, “la pitonisa”. Un oráculo en tantos aspectos...

Ella era diferente. No hacía falta más que verla para saberlo. Lo que yo no comprendí en ese momento fue hasta qué punto esa diferencia quebraría mi tiempo en dos. Antes y después de Graciela Maturo.

Yo había llegado hasta ahí, cuarto año de la carrera de Letras, llevada por algo impreciso que lu-

chaba por decirse, a pesar de las clases de mis profesores. Todas esas lecciones habían sido un documentarme para disentir en mucho, pero con pretendido nivel. Por eso, bastó que ella abriera la boca para que yo escuchara ese mudo canto angélico de cuando, por fin, damos con lo que buscábamos. “Eureka” habrían dicho los sabios griegos. Y sí, eureka...

Desde entonces fui oyendo lo que ella entendía por literatura, poesía, razón poética, humanismo, crisis moderna, vacío de sentido, identidad cultural latinoamericana, etc., etc.

Su pensamiento se fue mostrando tan amplio y profundo como nunca antes vi. Era la misma sen-

sación que uno tiene frente a un genio como Umberto Eco. Lo sabía todo, pero desde una coherencia tan honda, tan radical, que nada de lo que ella manejaba quedaba suelto. Todo se relacionaba intrín-

tes que ha hecho Graciela Maturo podríamos resumirlos así:

-La difusión de una antropología humanista y teándrica que busca integrar a los estudios culturales, una dimensión del hombre silen-

PERFIL

Graciela Maturo fue doctora en Letras, investigadora principal del CONICET, miembro de la Academia Argentina de Letras, docente en la Universidad de Buenos Aires en las cátedras de Introducción a la Literatura y Teoría Literaria (1969-1997), de Literatura Iberoamericana, en la UCA (1988-2003), reemplazó unos años después de que él la dejara, la titularidad de una cátedra de Julio Cortázar, en la Universidad Nacional de Cuyo (1958-1968). Escribió libros de crítica. Dirigió la revista de Poesía y Poética Azor y la revista Megafón. Murió la semana pasada, un día después de recibir el premio Konex de Ensayo literario, en Buenos Aires.

secamente a un punto de unidad increíble. Como si ella misma fuera muestra viva de un universo que, innegablemente, tiene orden.

Si tuviéramos que mencionar en pocas palabras los enormes apor-

ciada por el racionalismo que prevalece desde la Ilustración.

-La fundación de una serie de “escuelas” de investigadores en torno de la hermenéutica fenomenológica, cuyo soporte en Husserl,

Dilthey, Heidegger, Gadamer, Ricoeur, Batjín, Merlau-Ponty, Jung, Eliade, Kusch, Bachelard y Van der Leew, para establecer, entre otros conceptos, el de la “lectura fenomenológica”.

-El estudio de una serie inmensa de autores fundamentales como Garcilaso de la Vega, Rubén Darío, Marechal, Cortázar, García Márquez y tantos otros.

-Un pensamiento equilibrado y espermático, sumamente documentado y profundo, sobre la transculturación de América a partir de la mestización entre la cultura precolombina y la traída por los españoles durante la Conquista.

La autora transitó la literatura como sujeto reflexivo de su naturaleza, extendiéndose incluso a cuestiones extraliterarias. En ese ejercicio, no habló jamás desde la fría comodidad de un observador externo. Su propio espíritu poético y el compromiso con la realidad, le confirió a su trabajo la pasión y la comprensión profunda del misterio creativo que opera en el arte.

Especialmente en el universo poético.

Escribe Julio Cortázar, en una carta fechada el 24 de agosto de 1969, y dirigida a Graciela Maturo: “Su poesía me ha parecido siempre muy de nuestro tiempo aunque eluda las experiencias muchas veces fascinantes en otras latitudes y quizá también en la suya; de todos modos, me gustaría leer esos poemas ‘coléricos’ de que me habla; todo lo que usted escribe me interesa. Por cierto que uno de los textos de Último Round titulado ‘Uno de tantos días de Saignon’ cuenta una jornada en mi rancho, jornada en la cual ocurren muchas cosas, y entre ellas la llegada de una carta suya, y la lectura de sus poemas, de los que cito un fragmento. Me alegró hacerlo, y espero que para usted también sea una prueba de afecto esta incorporación de sus versos en prosa”.

© LA GACETA

Gisela Colombo - Profesora de Letras de la UCA.